



Capítulo 411 - Ella es un dragón.

Sephirothy no respondió de inmediato.

Sus ojos permanecieron fijos en la prisión temporal, ahora temblando bajo el peso de algo que no pertenecía a este mundo— ni a ningún otro. Las líneas concéntricas de la cúpula giraban erráticamente, desintegrando los símbolos rúnicos uno por uno, como si incluso los propios hechizos estuvieran tratando de escapar de lo que había estado prisionero en su interior.

Esa llama... no era sólo poder. Era inevitable.

Virgilio presionó con más fuerza su hombro, con la voz cargada de urgencia y miedo: "Madre, ¿qué es esta técnica? ¿Qué ha hecho ella?!"



Finalmente, respondió Sephirothy con voz ronca, casi reverente. "Es algo que ella le robó a la humanidad."

Virgilio parpadeó, confundido. „Stole?"

Ella asintió lentamente, con los ojos fijos en la prisión donde estaba sucediendo lo imposible.

"La primera chispa... el primer incendio que tocó suelo humano. La chispa que vino de los dioses. La llama que fue tomada, no entregada a la humanidad. Ese fuego..." Ella respiró profundamente, con arrepentimiento. "El zafiro se lo robó a quienes lo habían robado primero. Y ella lo moldeó a su propia imagen."

Dentro de la cúpula, el calor ya no seguía las leyes de la física. No subió. No irradió. Vibró—como si tuviera conciencia.



"Esta técnica... no es sólo destrucción", continuó Sephirothy. "Es el fuego robado." Ella tragó fuerte. "Una llama que no se puede apagar por medios naturales. Arde eternamente, no sólo el cuerpo— sino el ser. El alma. La verdad del enemigo."

Sus ojos brillaban con algo cercano al miedo. "Y elige. Solo. No obedece a hechizos ni órdenes. Distingue a los aliados de los enemigos basándose en una sola cosa: la intención."

Vergil apenas podía respirar. "¿Es consciente...?"

"Es más que eso", murmuró. "Es instintivo. Es pura voluntad...primal. Un fragmento de la antigua rebelión. Mientras haya algo amenazando a su dueño — el Fuego Robado nunca deja de arder."

Ella hizo una pausa. El aire parecía más denso. El suelo tembló.

"Y cuando se lleva al límite... incluso puede invocar."

Virgilio frunció el ceño. "¿Invocar qué...?"

Sephirothy cerró los ojos por un breve momento, como si el peso de lo que estaba a punto de decir requiriera más que fuerza—requiriera coraje.

"Eso."

La palabra salió como un susurro, pero pareció hacer que el tiempo se detuviera a su alrededor.



Ella señaló.

En el interior, en el centro de la cúpula que se derrumbaba, Sapphire ardía.

Su cuerpo quedó completamente envuelto en llamas vivas—pero no la consumió. El calor no la destruyó, la elevó. Su cabello, una vez rojo, era ahora una melena de fuego viviente, bailando en oleadas de pura furia. De su espalda arrancaron dos alas colosales —no de plumas ni de carne— sino hechas enteramente de llamas. Como las alas de un ángel... incendiadas.

Flotó sobre el suelo, con los ojos cerrados y el rostro sereno como el de un dios a punto de juzgar al mundo.

Y luego abrió los ojos — dos soles en erupción.

Su mano se levantó lentamente. Sus dedos se abrieron.

"Morir." La palabra salió fría. Definitivo. No fue un grito de rabia.

Era una frase.

Las alas de fuego se expandieron violentamente — y explotaron.

Docenas. Cientos.

Desde dentro de la combustión divina, comenzaron a surgir fénix. Cada uno moldeado en puro fuego, gritando en tonos agudos y penetrantes que no estaban destinados a los oídos humanos. Criaturas majestuosas con plumaje incandescente, ojos como brasas ardientes y colas que arrastraban rastros de luz a través de la realidad.



Los fénix volaron en formación caótica, pero con un propósito absoluto — como si todos compartieran la misma conciencia.

La misma ira.

Y atacaron.

Como meteoros vivos, chocaron con la Emperatriz Dragón, que hasta entonces había permanecido intacta — envuelta en sus escamas titánicas y su antigua magia. Pero ahora, incluso ella se tambaleó. Las primeras explosiones abrieron grietas en su barrera arcana. La segunda ola le quemó las alas. La tercera... llegó a su carne.



"Ella está llamando al fin", murmuró Sepphirothy, con un tono entre el asombro y el terror.

"Estas no son simples invocaciones... son recuerdos del Fuego Robado. Fragmentos vivos de la destrucción que dio forma a los primeros mundos."

Virgilio dio un paso atrás y su corazón latía como un tambor de guerra.

Dentro de la prisión, Zafiro flotaba inmóvil, mientras sus fénix de fuego asolaban el campo de batalla.

Ella no parecía humana.

Ella ya no era humana.



El cielo se puso rojo. La luz natural se dobló ante esa presencia.

"Ella... está usando el poder divino como un demonio", susurró Sephirothy.

"Ella no controla la primera llama de la Humanidad... La llama de esos dioses repugnantes..."

De repente, sucedió lo imposible.

Una niebla fría —silenciosa, densa, antinatural— comenzó a formarse en el borde de la cúpula temporal. Como si emergiera de una grieta entre dimensiones, se deslizó por el suelo en absoluto silencio, anulando el sonido, el calor y el tiempo mismo a su alrededor.

Todo el fuego de Zafiro flaquéó.



Las llamas vivas que formaban sus alas se contrajeron en un solo espasmo. Los fénix, todavía en el aire, gritaron de agonía, rompiéndose en fragmentos rojos y dorados incluso antes de tocar el hielo. Y luego, uno a uno, se fueron apagando, como velas en un vendaval de muerte.

Zafiro jadeó.

Su melena llameante parpadeó por un instante... y luego desapareció, dejando solo cabello tan rojo como sangre fresca. Sus alas de fuego crepitaron una última vez— y se derrumbaron en brasas grises. El círculo rúnico que la rodeaba implosionó, no con el calor, sino con el frío de la nada.

El poder divino que llenaba el aire desapareció como si nunca hubiera existido.

Silencio.



Vergil sintió que se le secaba la garganta. Sus ojos buscaron la confirmación de Sepphirothy, pero ella permaneció inmóvil, aturdida. Su rostro, una vez lleno de miedo, ahora era de absoluta incredulidad.

"Todo lo que dije..." susurró, casi sin sonido. "¿Fue en vano?"

Dentro de la cúpula ahora derrumbada, la escena era de absoluta devastación—, pero el centro de la destrucción, el foco de todo... ahora estaba dominado por el frío. Un resfriado que no congeló los cuerpos. Congeló la existencia.

Lentamente, en el punto donde la Emperatriz Dragón había sido alcanzada por los fénix de fuego, algo se movió.

Los restos del titánico cuerpo dracónico comenzaron a retirarse sobre sí mismos. Las escamas gigantescas se encogieron, los miembros monstruosos colapsaron, la armadura mágica cedió en fragmentos frágiles, como hielo bajo presión.

La criatura del poder incommensurable estaba disminuyendo.

O.... revelando su verdadera forma.

Lo que quedaba de la Emperatriz se levantó en medio de la niebla helada. Sus pies descalzos tocaban el suelo árido y, cuando se mantenía completamente erguida, ya no era un monstruo alado de proporciones épicas. Ella era una mujer.

Alto, delgado, con piel tan pálida como el alabastro lunar. Sus escamas ahora cubrían partes estratégicas de su cuerpo como una segunda piel—armadura



viviente, pero esculpidas a la perfección. Sus alas, antaño colosales, se habían vuelto más pequeñas, delicadas y translúcidas, con membranas que parecían hechas de cristal quebradizo. Su cabello plateado, una vez trenzado para la batalla, ahora caía suelto como un manto de niebla.

Sus ojos, sin embargo...

Vergil sintió que su corazón se detenía por un momento.

Sus ojos estaban vacíos. No negro. No rojo. Blanco. Sin iris. Sin alma. Como ventanas abiertas a un abismo sin fondo.

Y cuando miró a Zafiro, el aire parecía ser succionado fuera del mundo.



Sephirothy jadeó, casi en pánico. "No... No puede ser..."

Vergil la agarró por los hombros. "¡¿Qué pasa?! Ella... ella sobrevivió a eso?!"

Sephirothy lo miró con una mirada que nunca antes había mostrado. No miedo. No desesperar. Renuncia.

"La Emperatriz... no es un simple dragón, Virgilio." Se giró, señalando la forma ahora estática y fría de la mujer dragón.

"Ella es un dragón. Una que fue encerrada en épocas pasadas por miedo a su despertar. La razón por la que todas las razas le temen. Sus propios aliados la encerraron durante la guerra. Si acum..." Sephirothy casi pierde la voz. "...ella ha renacido completamente..."



La mujer dragón dio un paso adelante, dejando huellas de escarcha en el suelo en llamas. A su alrededor, la realidad parecía dudar. El cielo, antes teñido de rojo, ahora oscilaba en tonos entre gris y negro absoluto, como si su presencia anulara el concepto de luz.

Zafiro cayó de rodillas.

Ella jadeó, pálida. El poder del Fuego Robado había sido consumido... o negado. Por primera vez, ella era frágil. Humano.

Y la Emperatriz habló.

Su voz era un susurro que cortaba más profundamente que un grito. Cada palabra parecía resonar dentro de los huesos.

"¿Ustedes, seres inferiores, realmente pensaron que podrían encerrarme por tanto tiempo...?" La niebla a su alrededor se intensificó. El calor de las brasas que cubrían el suelo fue tragado lentamente, invertido, olvidado.

"...Debo admitir que me gustó la idea de que mi querido Rival renaciera conmigo, pero parece que no fue así. Te mataré y iré tras ella." Sus ojos comenzaron a arder con hielo y señaló con la mano a Zafiro...

"Esa llama... Debo admitir que es increíble que un mortal como tú haya usurpado esa cosa de esos dioses inútiles" Ella habló con desdén: "Pero eso es todo"

La Emperatriz mantuvo la mano levantada, con los dedos alargados envueltos en hielo plateado, lista para asestar el golpe final. La niebla a su alrededor convergió en ese único punto —un proyectil absoluto de muerte y negación. Zafiro, arrodillada, simplemente levantó los ojos y sus labios se abrieron de



frustración. Ella sabía que no podía esquivarlo. Ella sabía que, en ese momento, ella era sólo carne y hueso.

Y entonces, justo cuando el mundo se quedó en silencio para presenciar el final, apareció una sombra entre ellos.

Vergil.

Se paró frente al ataque, con los brazos extendidos y los ojos fijos en la Emperatriz. Su expresión era firme, pero había algo en su postura—una audacia silenciosa, casi insolente.

"Para un ser superior", dijo con voz baja pero perfectamente audible, "¿no sería... una pérdida de tiempo atacar a los inferiores?"

El silencio que siguió fue más pesado que cualquier grito.

La Emperatriz lo miró fijamente. Por un momento, la niebla que la rodeaba vaciló, como desestabilizada por lo absurdo de la frase.

"Me interrumpes", respondió ella, con lentitud quirúrgica, "para hablar... ¿filosofía?"

Virgilio no dio marcha atrás. Incluso con las rodillas temblorosas y el pecho agitado, mantuvo la voz firme.

"No. Te interrumpo porque actúas como lo que más desprecias. Un tirano." Dio un paso adelante, con el hielo crujiendo bajo sus botas. "Te consideras por encima de todos los demás, eterno, invencible... Pero si realmente fueras tan superior, no perderías el tiempo intentando demostrarlo"



Los ojos blancos de la Emperatriz brillaron por un momento. No con ira. Con curiosidad. —Continúa, Mortal —dijo, bajando ligeramente la mano.

"Parece que voy a tener que usar mi lengua plateada..." Vergil dijo, mirando a Zafiro... que estaba enojado al ver a esa mujer así...

